

Las pantuflas de Varas

MARTIN RUIZ

Es lugar común asegurar que el periodismo devora a los escritores. No obstante no hay mejor escuela literaria que el oficio de comunicar sucesos con economía de palabras y claridad. Lo reconocía Hemingway y lo subrayaba entre nosotros Joaquín Edwards Bello que es hasta aquí el mayor de nuestros cronistas.

Pensamos en eso al leer en una sola sentada *Las pantuflas de Stalin* de José Miguel Varas. Robando tiempo a la producción industrial de carillas rápidas y a los locutorios radiales, Varas ha continuado una obra literaria siempre interrumpida por la contingencia periodística. Así, ha publicado pequeños volúmenes que son singulares y que han superado por eso su circulación parroquial. Se llaman *Cahuán, Porai, Chacón, Sucede, Lugares comunes*. Todos ellos se destacan por un lenguaje escueto, por una leve irreverencia y una visión de ruborosa ternura por hechos y personajes de la vida diaria. Varas es un humorista que no ríe a carcajadas. Insinúa que la vida es más amable y rica que la pedantería gris o los trascendentalismos del dogma. No se compromete mucho con su propia sonrisa e insinúa sus intenciones sólo borrando los adjetivos que matan o que hacen mentirosas y retóricas hasta las verdades sagradas.

Vivió su exilio y trabajó durante 15 años en Moscú. Cumplió con rigor sus deberes de dirección en el programa *Escucha Chile*, que en los años más duros sus lejanos receptores chilenos escuchaban con audífonos. Aprendió algo el idioma ruso, conoció sin guías la vida de la URSS, descubrió así que los personajes de Dostoiewski eran allí más numerosos y verdaderos que los del realismo socialista. Sin disimulos adhirió a lo que vivió y conoció en sus luces y sombras. Comprobó en terreno que Stalin es una espina clavada en el alma y las experiencias de millones de seres humanos, no sólo soviéticos. El stalinismo como sistema de terror no lo desentraña Varas en un escrito disidente sino en un relato de tragicomedia —el principal en su libro—, casi de género policial, cuyo suspenso corre por cuenta de unas gastadas pantuflas del dictador arrojadas a la basura por una vieja empleada. El dijo: "Yo necesito mis pantuflas. Usted debe encontrarlas". Y ahí empieza la alucinante búsqueda por todos los basurales de Moscú con la KGB y el Ejército en acción. La simple anécdota es un botón de muestra de los caprichos y los designios misteriosos y brutales de un dueño de la vida, la voluntad y las acciones de un imperio que manejaba en nombre del proletariado como un dios vivo e implacable.

El libro de Varas se complementa con otros dos relatos: *Lenin conspirando sin pera ni bigote* que cuenta las intimidades del líder oculto en el departamento de la camarada Fófánova en vísperas del asalto al Palacio de Invierno y *Formación de un académico* retrato en profundidad de José Grigulievich, agente secreto y estudioso de América Latina y de los entretelones del Vaticano, de vida novelesca e inalterable humor negro.

Es indudable que los escalofríos de estas pantuflas están en el subtexto y que es inevitable que uno piense que el stalinismo no se terminó con Stalin caído en su dacha sin que ninguno se atreviese a certificar su defunción. Pero el autor no lanza ninguna piedra, tal vez porque sabe que... nadie está libre de pecado.